

¿Cómo va la novela?

Escribe: JOSE UMAÑA BERNAL

Dice Ortega y Gasset: “Cuando oigo a algún amigo mío, sobre todo a algún joven escritor, que está escribiendo una novela, me extraña sobremanera el tranquilo tono con que lo dice, y pienso que yo, en su caso, temblaría”.

La novela es hoy la actividad predilecta de los escritores latinoamericanos. Y de los colombianos. Ensayistas, poetas, dramaturgos de telón corrido, aspirantes a la filosofía, informadores y periodistas, practican ahora la novela. América Latina, el archipiélago flotante, navega sobre mares sin rumbo, con su barroca carga de novelistas. ¿Novela sin novelistas? No; un poco novelistas sin novela. No todo lo que se llama novela es novela. Existe todavía, la infranqueable diferencia. Pero, ya los escritores, los artistas —escribir era, o es, un arte— no llegan “con el azul cuaderno bajo el ala”; el azul cuaderno de versos o dibujos. Llevan, bajo el brazo, la novela: rosa, gris, púrpura o negra. O la novela de color indefinido; y de líneas al aire, entre lírica, abstracta y figurativa; deshumanizada, desangrada, como quería también Ortega. Casi naturaleza muerta la novela. “La cafetera está sobre la mesa”, como en los tugurios de “le nouveau roman” francés; los frutos secos de otoño, de Nathalie Sarraute, o los tubos metálicos de Robbe-Grillet”. Pero no adelantemos las afinidades y las diferencias. La novela contemporánea es un cintilante arco iris.

Hay que escribir sobre la novela —la nueva, y novísima novela— en América Latina. No la reciente novela latinoamericana; porque no existe. No hay una novela latinoamericana. Hay nuevas novelas en América Latina. Sin unidad, dispersas, divergentes y contradictorias. Una novela no es la novela. Ni dos, ni tres, ni cuatro novelas hacen verano. Hay novelistas, y novelas. No existe, como una unidad aceptable, ni siquiera en la cordial intención, la nueva y novísima, novela latinoamericana.

Conviene acumular los testimonios. Y no es difícil. Los novelistas latinoamericanos, y puede que también en otras latitudes, escriben ahora sobre la novela. Antes que la novela está el manifiesto de la novela. Una sola persona el novelista y el crítico; los novelistas juzgan a los novelistas; y los avestruces —también Ortega— hablan de los avestruces. Los sauces

interpretan el paisaje como si no fueran el paisaje. El novelista latinoamericano quiere ser avestruz y paisaje. Y otras cosas. Solo que se olvida, a veces, de ser novelista.

Vengo haciendo esta observación hace tiempo. Balzac no escribió el tratado del perfecto novelista. Ni Stendhal el guión de **La cartuja de Parma**, o de **Rojo y negro**. Ni Proust la tabla de navegación por el tiempo perdido. Hoy el novelista es el presuroso; escribe los tratados y los manuales antes de escribir la novela.

Están los novelistas acordes en que no existe la novela latinoamericana. “Puede producirse una gran novela en una época, en un país, —escribe Alejo Carpentier— pero esto no significa que en esa época, en ese país, exista realmente la novela”. Y el mexicano Octavio Paz —que no escribe novelas— dice con cierta doctoral suficiencia, pero con razón, con mucha razón. “El concepto de América Latina es válido históricamente, sociológicamente y políticamente, pero no literariamente. Puede designar un grupo de países; jamás una literatura”. Lo mismo, más o menos, desde luego, con mayor sencillez, dice Gabriel García Márquez. Hay, pues, novelas en América Latina. No hay novela latinoamericana.

Y es inaceptable también lo de que la nueva novela descubre, por primera vez, la realidad latinoamericana. Busca, y a lo mejor encuentra, la nueva expresión de esas realidades. Pero la realidad estaba descubierta. ¿Qué son entonces las novelas de Gallegos, Rivera, Icaza, Giraldes, Asturias, Barrios, Arguedas y Alegría? ¿Y las novelas de la revolución mexicana? Testimonios, tremendos testimonios, de la más pura realidad continental; de la disputa política, social, económica, y hasta geográfica, de estos pueblos. No progresa en la indagación la novela novísima; ni en literatura hay progreso; la literatura cambia en círculo. No avanza. Y hace tiempo, desde principios del siglo, —para no irnos por el 800— que los novelistas, los escritores, y los poetas, latinoamericanos, advirtieron la realidad continental. Los que no la conocen todavía, son los políticos; o *soi disant*. Y, si por intuición, la saben, se la callan. Todo es mala prensa.

Hay una promoción de novelistas latinoamericanos que coexisten en el tiempo y en el espacio. Con cierta afinidad en las técnicas de la novela. Que, desde luego, no inventaron ellos. —Tampoco se inventa mucho en literatura—. Vienen esas técnicas de muy lejos; algunas, como el monólogo interior, y el soliloquio, de tan lejos que ya al principio del siglo lo inventó, como instrumento de trabajo, Eduard Dujardin, un novelista francés —frustrado, hélas— en **Les lauriers sont coupés**. De ahí salió Joyce, y el el tremendo monólogo de Molly-Penélope en **Ulises**. Después de Proust, la única novela contemporánea de permanencia intemporal. También en literatura lo que no es tradición es plagio; decía el cejijunto y retozón don Eugenio D’Ors.

No es experiencia insólita la actual novela latinoamericana; ni experiencia sin antecedentes. Sigue, muy de cerca, las huellas de la novela universal. Por allí andan Faulkner, y Joyce, y Kafka, desde luego; y hasta Proust; no conviene a los novelistas renegar de la estirpe. Viva en algunos, los mejores, la tradición, sí tradición, española; Cervantes, y la novela de pícaros, que es la fuente de la novela; de la gran novela universal. Hasta

Dostoyewsky y Marc Twain le deben mucho a Cervantes. (Tiene sobre esta afinidad un lúcido estudio el escritor español Serrano Plaja). Y el realismo mágico, de tanto alarde ahora, está deslumbrante y misterioso, en *Don Quijote*. Para limitarnos a Cervantes.

Esta corriente española tiene su limpia expresión entre los novelistas latinoamericanos de estos días, en Gabriel García Márquez que, sin nacionalismo, es el mejor de todos; situado a más altura que los demás. El estilo, todavía se dice así: y en García Márquez hay estilo y gran estilo, el tono, el vuelo, del relato en *Cien años de soledad*, es de clara y espontánea tradición española; puro paso castellano; el paso de Rocinante a campo traviesa. No conozco la intimidad literaria de García Márquez, ni sé de sus lecturas, pero se siente en su literatura el trasiego de los clásicos; en la fuente, y al través de algunos de los maestros del 98. En reciente conversación con algún periodista madrileño deja entrever García Márquez su preocupación por Cervantes, y al través de Cervantes, de lo español, lo profundo español, el cante hondo de la emoción española; y que García Márquez descubre, con mucha agudeza, en Ramón Gómez de la Serna, y en Camilo José Cela entre los de ahora. (Gómez de la Serna es un escritor permanente; que la crítica volverá a descubrir pronto).

Yo no encuentro afinidad, ni de tema (temática no, por Dios) ni de forma, entre los novelistas del último equipo. Solo los acerca el viento del éxito, y algo, muy noble, de insurgencia política; creo, con García Márquez, que los coexiona Cuba. Pero ¿qué tiene que ver la reposada madurez de García Márquez, con el espontáneo desorden de Vargas Llosa, o con la estudiada variedad del desarraigado y snobísimo, (y es un elogio) Cortázar? Que alguien lo adivine.

No es fácil discurrir por la novela latinoamericana y su laberinto; porque ya tiene su laberinto. No basta con saber lo que es; conviene indagar lo que no es. Ya que en literatura no se puede fijar lo que debe ser; oficio de domines, y humanistas sin documentación. Por ahora los nuevos novelistas —García Márquez, Fuentes, Cortázar, Vargas Llosa— tienen su esencial significado en la literatura americana, sin límites geográficos; y es posible que en la literatura universal.

Pero no hay que encerrar la novela latinoamericana entre muros de cal y canto. Ni que todos los novelistas se dediquen a escribir un solo tipo de novela; y a veces una sola novela. Conviene modular; y matizar. Al insoportable costumbrismo, indigenismo y nativismo, no puede suceder ahora el macondismo, el rayuelismo, y lo demás. Y menos, muchísimo menos, el tremendismo de las palabras de cuatro letras; que es una forma infantil del tremendismo.

Y que no olviden los novelistas el sentido del humor, negro, rojo o gris. No hay novela, ni poesía, ni drama, ni ensayo, sin la seca y salobre ironía. Que, después del desatado y vociferante romanticismo, es la gran conquista de los nuevos modos literarios; su calidad primordial. Cualidad excelente en García Márquez, el más humorista de todos, y en Cortázar. Menos en Vargas Llosa, y en Fuentes, ya tan solemne y sofisticado. Algo de humor en los novelistas. En literatura lo más fácil es quedarse serio.